



1.º de Enero de 1914

Año IV.—Núm. 65

#### SUMARIO

Saludo.—Sobre la reforma de la ley de Caza.—Vivir para cazar, por J. Morales de Peralta.—La sabia Naturaleza, por Un Pollo Igualón.—Convencido no, aplastado sí, por Gregorio Martínez López.—En Jerez: Concurso de galgos.—Cuento de Navidad: Pingajillo y «el Zorro», por Miguel Morales.—A teneazón.—Cinegético: I El derecho de cazar. II Los cotos.—Tiro nacional.—Noticias.—Ley, Reglamento y disposiciones vigentes sobre Pesca Fluvial.—Sentencias dictadas por el Tribunal Supremo de Justicia en materia de Caza.

(No se devuelven los originales.)

## SALUDO

### CAZA Y PESCA entra en el cuarto año de su publicación.

Al entrar CAZA Y PESCA en el cuarto año de su publicación, no puede menos de saludar con todo cariño á cuantos han contribuido á su enaltecimiento: unos favoreciendo sus columnas con artículos y otros contribuyendo con su pequeña cuota de suscripción. De unos y otros necesitábamos y respondieron con creces.

Nuestra revista cumplió su programa sin inclinar el fiel de su balanza: no aduló ni injurió, se mantuvo siempre imparcial, como lo prueban sus columnas, que jamás se negaron á publicar trabajos á veces contrarios al modo de pensar de CAZA Y PESCA y al de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España.

Las Sociedades de provincias encontraron siempre en CAZA Y PESCA lugar preferente para sus quejas y comentarios, fué su portavoz; como que la revista es de todos, á todos pertenece porque es uno mismo el ideal, el fomento de la caza y de la pesca.

Uno de los trabajos que más nos han satis-

fecho ha sido la brava polémica sostenida con motivo del Primer Congreso Nacional de Cazadores en lo que se refiere á la reforma de la vigente ley de Caza, y aun en esta polémica obramos con nobleza, pues no dejamos de publicar ni un artículo contrario á nuestras aspiraciones.

Si fuimos duros en nuestros juicios, no fuimos apasionados, pues hablábamos con el seco lenguaje de nuestra legislación que nos sirvió de norma; pero no hemos dejado de reconocer la competencia de nuestros detractores: la lucha fué noble, como empeñada entre caballeros.

Á la cultura y maestría del distinguido y notable cronista cinegético D. Jacinto Martos, *El Hombre de los Bosques*, competentísimo redactor del *Heraldo de Madrid*, se unió la cultura y maestría del reputadísimo cazador bilbaíno Sr. Gisbert. Con ambos colosos hemos luchado y con ello nos hemos ennoblecido, nuestra revista tuvo la honra de insertar sus admirables trabajos y siempre se mostrará agradecida.

Interminable fuera la lista de cuantos nos honraron con su colaboración.

D. Juan Morales de Peralta, veterano y reputado cazador, maestro de maestros; D. Gregorio Martínez y López, organizador del Con-



greso de Cazadores, cuyos notables artículos son siempre leídos con interés; D. Celestino Tejado, luchador infatigable, organizador también del Congreso de Cazadores, cuyos valientes trabajos fueron dignos de un folleto; D. Ramiro Molina, cultísimo escritor y notable cronista; D. Luis A. de Sancho, crítico concienzudo; D. A. Ortiz de Pinedo, reputadísimo escritor; D. Emilio Illá, D. Roque Sánchez, D. Lucilo Ramírez, D. Manuel Igual, D. Darío Alvarez Limeses, D. Mateo Rubio, D. Dionisio López, Sres. Crespo, Goicoechea, Casáns, Martín, Balbuena, Barrientos, Briones, Herrero, Guevara, Madrigal, Lete, Bona, Sánchez Vera, Jiménez, «F. Barto», «Br. Cartucho», «Nemrod» y otros muchos.

Los redactores literarios D. Guillermo J. Athy, D. Manuel Tercero, primer Director de CAZA Y PESCA; D. Rafael Casamitjana, D. Ricardo Ortiz de Zugasti, D. Fermín Perostereña y el Sr. España.

El redactor jurídico F. Box y los redactores artísticos D. Gabriel Palencia, pintor de cámara de esclarecido renombre, y el notable dibujante Sr. Cervino.

Con auxiliares tan poderosos nada de extraño tiene que CAZA Y PESCA sea hoy la única revista de esta índole que se publica en España y cuyo creciente éxito se aprecia día por día.

Una muy sensible baja experimentamos, la de nuestro llorado compañero D. Julio Nadal, «Rui Lope», notable cronista, modelo de caballeros. Jamás le olvidaremos; siempre murmurarán nuestros labios una sentida oración en sufragio de su alma.

CAZA Y PESCA continuará luchando por el fomento de ambas aficiones con la misma imparcialidad de juicios y espera continuar siendo favorecida como hasta ahora al entrar en el cuarto año de su publicación.



## Sobre la reforma de la ley de Caza

### II

Otro de los fundamentos esenciales y doctrinales de la ley debe ser, en opinión mía, la adopción del criterio científico y lógico de la «veda varia», desterrando de la ley ese absurdo conocido con el nombre de «veda única», cuya sinrazón se demuestra por el hecho

mismo de no haberlo admitido en absoluto ni aun el espíritu rutinario (que es siempre el más inflexible) creador de nuestras disposiciones legales de 1879 y 1902.

Someter á un período fijo de veda á todas las especies de animales silvestres, á título de proteger su reproducción, es el más incomprensible y donoso error en que cabe incurrir. Y así se ve que las naciones más adelantadas en este linaje de asuntos, y sobre todo aquellas en cuyo territorio se cría más cantidad de caza y mejor se cultiva, cuida y aprovecha tan magnífico recreo de riqueza, han optado por la veda varia, no sólo en cuanto á las especies, sino llegando hasta el extremo de distinguir entre hembras y machos, á los efectos de permitir ó prohibir su respectiva caza en una misma época.

Buen ejemplo de ello nos ofrece la ley alemana de 26 de Febrero de 1870, destinada á poner término á la diversidad que existía en las leyes y reglamentos relativos á la caza y dar al país una legislación uniforme. Además, esa ley autoriza á los administradores de los distritos á retrasar ó adelantar cada año, por medio de medidas especiales, las épocas de veda ó de caza, teniendo en cuenta el estado de los campos y perjuicios que á éstos puedan ocasionar los animales silvestres, pero reduciendo á quince días el plazo en que pueden adelantar ó retrasar las fechas de veda y apertura.

Todos los Estados alemanes tienen leyes igualmente fundadas en el principio de la veda varia. Así, Sajonia, por ejemplo (art. 3.º de la ley de 22 de Julio de 1876), tiene establecida la veda:

1. Del ciervo y el gamo machos, desde el 1.º de Marzo al 30 de Junio.
2. Las ciervas y gamas y sus crías, de 1.º de Marzo á 31 de Agosto.
3. El corzo macho, de 1.º de Febrero á 30 de Junio.
4. La corza hembra y el corcillo, de 16 de Diciembre al 15 de Octubre del año siguiente.
5. La liebre, de 1.º de Febrero á 30 de Setiembre.
6. La perdiz, de 1.º de Diciembre á 31 de Agosto del año siguiente.
7. El faisán, de 1.º de Febrero al 30 de Setiembre.
8. Las ánades, de 15 de Marzo á 30 de Junio.

Está permitido cazar los gallos de brezo y de bosque y las becasas hasta el 15 de Mayo.

Los animales «de presa» (contracaza), lo



mismo cuadrúpedos que aves, se pueden cazar en todo tiempo, así como el jabalí, y las tórtolas y palomas pueden cazarse sin sujeción á veda, que tampoco alcanza á la codorniz. En Baviera, en Wurtemberg, en Baden, Alsacia-Lorena, Hesse y Schleswig-Holstein, Brunswick y Bremen, la diversidad de épocas de veda para cada especie es principio fundamental.

En Austria hay legislaciones distintas: una para la Austria-Alta y otras para las regiones comprendidas á cada lado del Ems; otra para Austria-Baja. Para Bohemia, para Bukovina, Carinthia, Dalmacia, Cracovia (Galitzia), Goritz-Gradisca, Istria, Carniola, Salzbourg, Moravia, Silesia, Styria, Tirol hay legislaciones especiales, y todas se fundan en el mismo principio de la veda diversa para cada especie y aun para cada región.

Y por no hacer interminables estas notas no detallo lo preciso para poner de manifiesto el espíritu práctico y el profundo conocimiento con que, en general, aparecen señaladas en todos esos países las épocas de veda para cada especie, sin que en ninguno de esos Estados les haya ocurrido pensar, como argumento capital para rechazar ese sistema, que es el único racional, que á la sombra de la autorización para cazar unas especies se podrían abusivamente matar otras...

Nunca el temor al abuso puede justificar que se legisle de una manera irracional y absurda. Además, en la misma ley vigente en España, como en la de 10 de Enero de 1879, se demuestra inconsecuencia de criterio desde el momento en que, señalada en general la veda de 15 de Febrero á 1.º de Setiembre, se hacen excepciones que permiten cazar las codornices, tórtolas y palomas desde 1.º de Agosto; los conejos procedentes de vedados desde 1.º de Julio, y las aves acuáticas y becadas hasta el 31 de Marzo... Si optando franca y razonablemente por la veda varía hay el temor de los abusos, ¿por qué se establecieron esas razonabilísimas excepciones?

Los abusos se evitan castigando con rigor las infracciones y exigiendo de los Tribunales todos, autoridades y agentes, que se convenzan de que las leyes de Caza son tan respetables como todas las demás y no deben tomarse en broma... Aunque sea triste decirlo, hay que reconocer que la lenidad de que gozan los infractores de la ley de Caza se debe, en su mayor parte, á un espíritu de extraña prevención ó insana benevolencia que parece dominar á Gobernadores civiles, Jueces, Fis-

cales y Salas de Justicia, empezando por los municipales y acabando por el respetabilísimo Tribunal Supremo. Hay que confesarlo, salvando toda clase de respetos: no tomando en serio *estas cosas de los cazadores*, ni es posible que las leyes tengan eficacia, ni hay manera de lograr el respeto de las gentes, ni es dable pretender la regeneración de este importante factor de la riqueza pública, que produce á Francia *más de cuarenta y cinco millones de francos anuales*, y que en España debiera bastar para cubrir ampliamente el presupuesto de Instrucción pública y Gracia y Justicia, por ejemplo, quedando un respetable remanente para otras atenciones...

### III

No tengo espacio ni tiempo para un estudio serio y concienzudo de lo que debe ser la ley de Caza. Lo tengo plena y completamente realizado, pero su exposición, fundada y extensa, requiere un libro. Por lo mismo me limito á esas indicaciones capitales y señalo á continuación algunas otras de detalles insignificantes junto á las esbozadas, pero que presumo serán más útiles que aquéllas en la práctica; porque no confío, ni aun espero, que se haga una labor profunda y radical en la nueva ley (porque á ella se opondrán muchas *«cosas de nuestro país»*), y á lo sumo se logrará mejorar algo la actual, expurgándola de faltas graves y haciéndola más conforme con las verdaderas conveniencias y necesidades.

Á continuación señalo algo que, en mi opinión, debe ser objeto de reforma, ya suprimiéndolo ó ya consignándolo en la nueva legislación.

1.º Considero preciso suprimir radicalmente en el párrafo 2.º del art. 9.º las palabras *«ó acotados»*, y creo igualmente preciso borrar de la ley el segundo párrafo del art. 15, casi literal ó literalmente tomado de la de 10 de Enero de 1879, sin tener en cuenta que está en contradicción con el espíritu de la actual é imposibilita de hecho en Navarra, Vascongadas, Logroño, Aragón y casi toda España el ejercicio de la caza en las tierras labrantías. ¿Qué terrenos de propiedad privada no están *amojonados*? ¿Cómo cazar la codorniz, por ejemplo, en esas tierras de dominio privado no vedadas (art. 9.º), una vez levantadas las cosechas, si *todas, absolutamente todas* están amojonadas? ¿Obteniendo permiso para cazar de todos y cada uno de los propietarios de cuantas heredades haya en el país? ¿Y si lo



niegan? ¿Y quiénes son? ¿Dónde se averigua eso? ¿En el Registro de la Propiedad? ¿Por los roldes catastrales de los Ayuntamientos? Ese precepto es un absurdo que tiene el carácter de un sangriento sarcasmo á la buena fe de los cazadores, que pagan su licencia creyendo que estar en posesión de tal documento los habilita para el ejercicio del derecho de cazar...

2.º Considero preciso establecer en la ley la autorización para cazar las tórtolas en primavera, siempre que dicha caza se ejercite en arboledas, orillas de ríos y arroyos y demás parajes impropios para hallar en ellos otra clase de caza.

Éste es un punto en que insisten mucho—y á mi juicio con razón—los cazadores de Navarra, y particularmente los de Pamplona; porque como las tórtolas no crían en este país y su caza resulta ilusoria en Setiembre, los cazadores se privan del gusto de disparar sobre esa clase de piezas sin utilidad de ningún género. Precisamente es la tórtola el ave cuya caza se puede permitir con menos riesgo de abusos por los terrenos en que se ha de practicar.

3.º En Navarra, por lo menos, debiera permitirse la caza de aves acuáticas durante el mes de Abril, en cuyo decurso realizan su segundo paso (el de regreso) la becacina doble y casi todas las especies de zancudas, ninguna de las cuales cría en nuestro país.

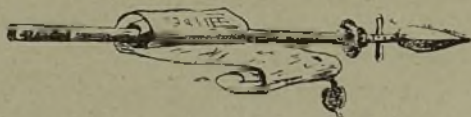
Estimo absurdo impedir que se maten esas aves sin otra razón que la rutina y desconocimiento práctico de la caza, del país y de las épocas y circunstancias del paso de cada especie.

También debe aclararse la defectuosa redacción del cuarto párrafo del art. 17 (en cuyo párrafo segundo, por indicación y con redacción mía, como recordaréis, se aclaró y debe mantenerse á todo trance lo de las mieses segadas); porque tal como ese cuarto párrafo está redactado, cabe que la cortedad de entendimiento de algún guardia, guarda ó juez municipal se obstine en castigar á quien cace becadas en Marzo donde únicamente se pueden cazar: en los bosques. Revueltas y confundidas con las aves acuáticas, zancudas y becacinas, tal como está desatinadamente redactado ese párrafo, resulta que la becada se puede cazar en la «contrapasa»... pero «en las lagunas, albuferas ó terrenos pantanosos», es decir, donde no han de estar.

4.º Entiendo que no hay razón alguna para prohibir (art. 21 de la ley) cazar en días de nieve á las aves acuáticas de todas clases.

¿No se podría suprimir eso de los días «de fortuna», que nadie sabe cuáles son? ¡Siempre la rutina!

5.º Es indispensable reformar el art. 23 de la ley vigente. En Navarra no se cumple, porque si se cumpliera no se podría cazar más que en las Bârdenas Reales... Pero ha dado lugar ese artículo á alguna denuncia en que fué preciso seguir todo el procedimiento, y obtuve para mis clientes una sentencia final absolutoria porque alegué «la costumbre contra ley», que tiene fuerza legal por fuero en Navarra. No necesita aclaraciones mi pensamiento en este punto.



## VIVIR PARA CAZAR

(INTERMEDIO SENTIMENTAL)

He ahí mi divisa, he ahí el mejor lema de mi escudo de armas, mi emblema hermoso, mi valiente grito de guerra: *vivir para cazar*. Con él por bandera y con mi veterana escopeta entre las manos, año tras año, día tras día, importándome un ardite las inclemencias del tiempo, allá iba breñas adelante, el corazón repleto de ilusiones, encomendándome á mi Dios y á mi dama, ni más ni menos que hicieran aquellos indomables caballeros de la casa de Anjou ó de Borgoña.

¡Cuarenta años de cazador empedernido! ¡Cómo se llena mi mente de recuerdos! Hoy que, abatido un tanto por el peso de molesta enfermedad, me veo obligado á hacer un paréntesis en mi vida cazadora, acuden á mi cerebro los felices días en los que con fortaleza envidiable, á prueba de acero, trepaba riscos y desafiaba las crudezas de la sierra abrupta, mi perro por delante y el optimismo por todos lados.

En esos tiempos de energía, en los que tanto se me daba dormir en la confortable casa del monte, que en la fría majada serrana, en quijotesca compañía de los sencillos cabreros que me brindaban un saco hecho con pieles de oveja, para que, metido en él pasara la noche. Sí; aquello era una repetición hermosa de la «Edad de oro». Yo, al igual del hidalgo manchego, mientras en el caldero de hierro colgado del liar hervía la blanca leche, hablá-



bales de cosas amenas y nunca oídas para los que con las bocas abiertas me escuchaban.

¡Dichosa edad y tiempos dichosos — comienzo yo como comenzara su discurso el Caballero de la Triste Figura—aquellos en que la caza era patrimonio de todos los aficionados; en que ejercitábase ésta en noble y franca pelea, sin refinamientos ni traiciones; en que el verdadero cazador salía al campo sin otras ventajas sobre las piezas que iba buscando, que sus membrudas piernas puestas al servicio de su buena puntería y los negros cañones de su escopeta. Esto sólo en monte abierto, cara á cara, dándole al animal perseguido terreno para escapar, no acorralándole cobardemente ó atrayéndole con falsos engaños para asesinarle á mansalva.

Hoy, por desgracia, este modo de cazar va desapareciendo á pasos agigantados, y me espanta pensar lo que trascurridos cuarenta años más será de ese tipo del verdadero aficionado. ¡Ah, bien me lo figuro! Será un personaje de novela del que se reirán los cazadores todos; dirán: «Es curioso. ¿Cómo podrían resistir tales caminatas para luego colgar unas cuantas piezas en su escuálido morral? ¿Qué infelices!...»

Y es que entonces la agricultura y la industria habrán avanzado considerablemente; montes y vegas estarán sujetos á la explotación y la caza criará sólo en aquellos predios vedados, donde el opulento aristócrata ó el acaudalado rentista se recreen matando esa caza en ojeo, corriendo liebres ó soltando el gamo para perseguirle después á través del bosque; damas y galanes algo más fuertes en lides de amor que en otras lides. Quién sabe si entonces tornaremos á las usanzas cinegéticas de los tiempos medioevales; el arte de la caza irá retrocediendo, retrocediendo poco á poco... Y será otro Carlos IV de Francia quien cree de nuevo el cargo de halconero mayor.

Tornaremos—mejor dicho, tornaréis—á encontrar admirable la linajuda cetrería, la alta, la regia, la imperial cetrería, tan soberbia por los que la emplearon, como vil y cobarde por el medio de realizarla: por el halcón. Esa almaña odiosa, valiente con las aves menos fuertes que ella y miedosa y humillada, hasta el extremo de correr á ocultarse en el manto de su dueño ó señor, cuando la altiva libre águila aparecía en el espacio.

¡Volved, nacientes hijos de fidalgos, á imponeros en el arte de Alejandro II, de este monarca el más sabio y prudente en la materia! Ó si os place mejor, corred liebres con

galgos, al estilo de los árabes. Adquirid esa clase de galgos tan amada del africano cazador: animales aquellos de gran alzada, pelo corto y aleonado, de grandes vientos y finísimo oído, quienes en las medrosas y solitarias noches sirven para defender el aduar del que son centinelas incorruptibles.

Dedicaos, si queréis, á esa caza y desplegad en ella todo el lujo y entusiasmo de que seáis capaces; rodeadla de preparativos sin número; convertidla, al igual de sus creadores, en vuestro mejor y más bello esparcimiento.

¡Sí; haced todo, absolutamente todo lo que se os antoje, hasta cazar con reclamo, si es vuestro gusto, ya que, como os digo antes, el hermoso tipo de cazador ha pasado á ser personaje de novela.

¡Adiós, divinos tiempos de varonil empuje! ¡Adiós, compañeros fieles en el rudo arte de cazar! ¡Mis hermanos de honradez cinegética, adiós!... ¡Esto se val...! ¿Cuántos años nos quedarán aún? ¿Llegarán á años siquiera?... ¿Quién lo sabe!

Por eso desde aquí, desde el recogimiento de mi despacho, lleno de trofeos de caza, aprovechando este paréntesis de inacción, os digo: «Si alguna vez me muero, si un día mis siempre aceradas piernas dejasen de moverse para adquirir la rigidez de la tumba, si saliera una vez del mundo de los vivos, sabed, cazadores de buena ley, que, como el impetuoso é indomable Luis XI, quiero bajar al sepulcro vestido de faena, con mi escopeta veterana en las manos, mi perro favorito y mi trompa de caza pendiente del cuello...»

No, no lo vayáis á tomar al pie de la letra. Eso del perro y la trompa eran cosas del monarca hemipléjico, que en sus últimos años cazaba ratones en los amplios salones de su alcázar.

No, cazadores; mi testamento es aún prematuro. Os digo por tercera vez que esto es un paréntesis, sólo un paréntesis, y estos renglones unas cuantas ideas que el pesimismo actual me dictara.

Llueve á mares; el cielo llora conmigo la desventura actual, mientras fecundiza los campos, los montes, las heladas sierras donde, al igual del hidalgo manchego, mientras en el caldero de hierro colgado del llar hervía la blanca leche, hablaba á los cabreros sencillos de cosas amenas y nunca oídas por los que, con las bocas abiertas, me escuchaban.

J. MORALES DE PERALTA





# LA SABIA NATURALEZA

REFLEXIONES DE UN FILÓSOFO

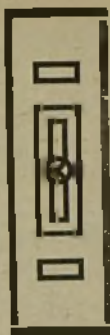
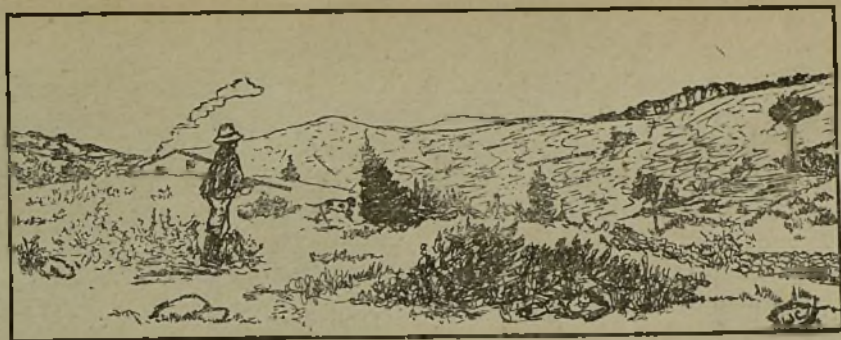
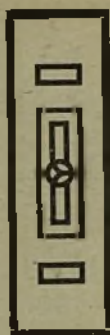
UN filósofo extranjero de gran nombradía y fama que vino á estudiar con otros la *transfusión* de las almas, en no sé qué conferencia que en esta corte se daba, salió á disfrutar del campo cierta plácida mañana en que sus fulgentes rayos el astro rey prodigaba. Sentóse bajo una encina, á la sombra de sus ramas, cubiertas de recias hojas de hermoso fruto cuajadas. No lejos de allí, en un huerto, sobre la tierra, una planta en su tallo sostenía una enorme calabaza. El filósofo, que nunca estar ocioso gustaba, dió trabajo á su cerebro con reflexión tan menguada: «Señor, la Naturaleza se equivoca aun siendo sabia; de esta encina recia y fuerte, de duras y extensas ramas, pende un fruto tan pequeño, la bellota, y esa planta,

tan raquítica y tan débil que no levanta una cuarta, da calabazas enormes...» Mientras así se expresaba cayó sobre su cabeza, desde las ramas más altas desprendida, una bellota que le lesionó en la calva. Y cuentan que cuando Febo tras una nube cercana su risueña faz bermeja como con sorna ocultaba, nuestro sabio, confundido, de nuevo emprendió la marcha, y llevándose ambas manos á la parte lesionada y mirando con asombro á la raquítica planta del voluminoso fruto que por el suelo arrastraba, se alejó reflexionando de esta suerte y con gran pausa: «¡Sí que me hubiera lucido si el árbol el fruto cambia y en lugar de la bellota, desde una elevada rama, cae sobre mí, desprendida, esa enorme calabaza!»

UN POLLO IGUALÓN







## Convencido no, aplastado sí

Si, queridos compañeros de afición, llegó el momento de hacer confesiones, y yo ni puedo ni debo sustraerme á la ley general, mejor dicho, circunstancial, que por caprichosa y novelera forma hace cambiar las cosas casi siempre en perjuicio de los más.

En armonía con lo expuesto, confieso espontánea y paladinamente que no estoy conforme ni mucho menos con los nuevos derroteros por donde la afición á cazar marcha desde algún tiempo á esta parte, y que la forma de cazar á ojeo las perdices, como es práctica casi general en las clases acomodadas, y que desgraciadamente van copiando con demasiada exactitud las clases del medio y las de abajo, jamás podrá convencerme, ni supongo que al cazador de verdadera afición se le podrá convencer con facilidad; pero ante lo que á cada momento estamos viendo en algunos términos como el de Navalcarnero, Villamanta, Villamantilla, Villanueva de Perales y otros muchos que no hay para qué nombrar, no hay más remedio que rendirse. ¡Hay que ojear! Por esto adopté para el encabezamiento de este trabajo el epígrafe de «Convencido no, aplastado sí».

¿Quién estará equivocado en esta apreciación de forma para cazar? El tiempo nos lo dirá; pero como cuando dejamos al tiempo la solución de las cosas, casi nunca cabe después poner remedio al mal que sobreviene, me temo que á los buenos aficionados no les quedará otro recurso que el de lamentarse y recordar los otros tiempos en los que salir al campo con su escopeta y perro acusaba por lo menos no aburrirse, como ahora sucede, y sin pasar muchos años será desesperarse.

De lo que ya acontece en casi todos los terrenos llamados libres fácil es enterarse, y á

buen seguro que la mayoría de los aficionados que frecuentan el campo estarán muy enterados de la imposibilidad material de tirar una pieza de caza, sea del orden que quiera, á muestra de perro, por bien enseñado que éste se encuentre. Ya sé que me argüirán de mil maneras para demostrarme que particularmente ninguno tiene la culpa de cuanto sucede; es más, hasta muchos que *ellos mismos* se llaman buenos cazadores disculparán ciertos hechos y dirán que yo soy un pesimista que pongo las cosas de un color mucho más negro que lo que en realidad tienen; todo esto dirán, me lo figuro, pero ante la evidencia de salir una y diez veces al campo y no disparar nuestras escopetas, tendremos todos que rendirnos y preguntar: ¿qué ocurre? ¿Qué sucede en casi todos esos sitios que años atrás, no muchos, bastaba trabajar un poco y llevar regulares perros para tirar media docena de piezas en regulares condiciones, y hoy ni se encuentra á qué tirar y los perros estorban? ¿No lo presumís, aficionados de Madrid? ¿No habéis tenido ocasión de verlo? Pues sabedlo de una vez: son los ojeos, única y exclusivamente los ojeos; las malas enseñanzas de arriba repercutieron abajo, y ya no hay pueblo grande ni chico en donde no se cace ojeando, y si hay grandes vedados en sus jurisdicciones todavía más, porque de éstos buscaron los ojeadores para sus cacerías monstruos, y con la primera lección les bastó y sobró para al siguiente día practicar en lo libre la tal formita de cazar en los terrenos de sus respectivos pueblos, hasta conseguir casi arrasarlos de toda clase de caza; porque lo que ellos dicen: cuando los señores adoptan esta forma y la repiten un año y otro año, por algo será.

Si algún lector ú oyente creyere que hay



exageración en lo expuesto, que se tome la molestia de visitar los pueblos citados en el comienzo de este artículo y otros muchos que no citamos, y seguramente comprobarán todo y más de lo que llevamos apuntado. Hay que rendirse, hay que dejarse aplastar, ya que convencernos con razones de buena lógica sería materia imposible, tiempo que todos perderíamos en semejante probanza.

Hace unos días, muy pocos, invitado por otros dos amigos, fui á pasar dos días á uno de los pueblos antes citados. Pensando yo que cazaríamos en mano, llevé mis perros, y ¡oh sorpresa! antes de llegar al pueblo nos esperaba un grupo de diez ó doce individuos, unos con escopetas y otros sin ellas. Cruzados los naturales saludos y previa comunicación del propósito que para cazar tenían nuestros invitantes, caí en la cuenta de que los perros para nada eran necesarios, y como yo advirtiera que la forma de ojear no fué nunca de mi agrado y que preferiría, aunque tirase menos caza, cazar en mano, me dijeron:

—Aquí no se puede cazar de otra forma que no sea á ojeo.

—¿Por qué?—pregunté seguidamente, contestándome á coro:

—Porque en este término y en los colindantes estamos cazando á ojeo desde fines de Agosto, y como la única caza que queda son las perdices que de los vedados salen á comer en las siembras, y además hemos visto que los señores de los vedados sólo cazan en ojeo, también nosotros lo hacemos así y llegaremos á que no quede una pieza de caza ni para un remedio, como ya nos ocurre con los conejos y casi casi con las liebres.

Asustado quedé con semejantes revelaciones, á las que ni siquiera intenté objetar, pues supuse que todo hubiera sido inútil ante tan rara manera de discurrir y cuyo fundamento y origen bien á las claras se notaba: partía de ejemplos y enseñanzas perniciosas de cuanto veían ejecutar á personas de otras alturas y posiciones que no tienen en cuenta para nada aquello de *el que vientos siembra, tormentas recogerá*.

Yo sé bien, mis queridos compañeros de aficiones cinegéticas, y vosotros supongo no lo ignoraréis, que el oficio de redentor es muy dado á disgustos y á veces hasta podemos alcanzar la crucifixión; y la verdad, como todos, mejor dicho, como ninguno de los vivientes tendremos ni la fe ni la fuerza de voluntad que tuvo el que intentó redimir el mundo, mejor será dejarlo y cuando, sin es-

perarle mucho tiempo, llegue el momento de no poder salir al campo, como no sea á pasear y tomar el sol, entonces vendrán las lamentaciones; pero el remedio será imposible: se destruye con más facilidad que se edifica.

GREGORIO MARTÍNEZ LÓPEZ

Diciembre de 1913.



EN JEREZ

## CONCURSO DE GALGOS

Por el orden y en la forma que oportunamente anunciamos se han verificado en el coto de Alcántara las pruebas del concurso de galgos.

Corrieron: *Aida*, propiedad de D. Bartolomé Valenzuela, de Lopera (Jaén); *Violeta*, del Conde de Villafuente Bermeja, de Jerez; *Reverte*, de José Gómez (*Gallito*), de Sevilla, y *Relámpago*, de D. Bartolomé Valenzuela.

Ganaron los dos últimos galgos.

Por haberse retirado *Dora*, de D. Leopoldo Pozuelo, de Madrid, se concedió la carrera al competidor *Chicorro*, del Sr. Díez Domecq, de Jerez.







CUENTO DE NAVIDAD

## PINGAJILLO Y "EL ZORRO,"

(DE UN CHASCARRILLO)

¡Pobre D. Mamerto! Dejó de existir sin tener que arrepentirse de haber hecho á nadie el menor daño... ¡D. Mamerto era un santo!... ¡Descanse en paz!

Estas ó parecidas palabras brotaban de los labios de unos cuantos enlutados horteras, dependientes del «Madapolán Voluptuoso», del que fué dueño D. Mamerto Pingajillo, que horas antes había exhalado el último suspiro y á punto estaba de ser trasladado á su última morada.

—¿Hacía tiempo que venía padeciendo esa cruel enfermedad que le privó de la vida?— preguntó uno de los del duelo al dependiente principal.

—No, señor; esto ha sido un escopetazo; verá usted: el bonísimo D. Mamerto era aficionado á la caza, á la que rendía tributo todos los días festivos. Hace unos quince días salí con él y estuvimos en la sierra de Guadarrama; se empeñó en comer unas bellotas, bebió agua y se le formó en el estómago una pared maestra, sobrevino el cólico *miserere* y... ¡cataplún! de cuerpo presente.

—¿Á quién se le ocurre?...

—¡Pobrecillo! ¡Era tan cariñoso! Jamás le

vi matar una pieza de caza, y era lo que él decía: «los animales y nosotros tenemos derecho á la vida y es un crimen arrebatársela».

—Entonces, ¿por qué se dedicaba á la caza?

—Por higiene, nada más que por higiene.

\* \* \*

En un pueblecillo serrano de Castilla la Vieja doblaban roncacas y tristes las campanas de la iglesia, cuando de una miserable choza salía el cadáver del que en vida se llamó Juanillo «el Zorro», recio y fornido lugareño, osado como pocos, y que había hecho de la caza una lucrativa industria.

El cepo, el alar, el capillo, el lazo y cuantos útiles puede utilizar el más diestro cazador furtivo le eran familiares. El galgo, el podenco y el sabueso eran sus perros predilectos. Tenía resuelto el difícil problema de vivir sin trabajar... y... ¿para qué había de encañecer más sus renegridas manos, si la caza le proporcionaba un jornal superior al del bracero más acomodado?

Era el rey de los campos: todo era suyo; la propiedad era un robo; por eso conocía á palmos los «vedados» circunvecinos, teatro de sus más fructíferas fechorías.

Por cientos pudieran contarse las denuncias por infracción de la ley de Caza; por cientos también los encuentros con guardas jurados y guardias civiles.

Era, en fin, el más temerario y el más temi-



ble de los cazadores furtivos, hasta el extremo que un guarda particular jurado, contra quien se revolvió agresivo, le hizo un certero disparo, atravesándole la bala el corazón y le hizo caer pesadamente al suelo para no levantarse más.

Hecha la autopsia del cadáver de Juanillo, se le trasladaba al cementerio; por eso doblaban roncadas y tristes las campanas del pueblillo serrano que le vió nacer.

\* \* \*

¿Y qué es lo que ocurría allá en las regiones celestes en aquellos días, que todo era andar de un lado para otro sin punto de reposo?

¡Una friolera! Una terrible peste en el Cairo; una epidemia variolosa en España; una mortífera guerra en Marruecos; una encarnizada revolución en América del Sur; un nuevo progreso en el arte de volar; tranvías y automóviles circulando á todo tren por las calles de Madrid, y para cerrar el círculo de calamidades, desgracias y accidentes lamentables, los primeros fríos invernales con temperaturas muy inferiores á un grado termométrico.

El reputadísimo San Pedro, con su calva proverbial y sus blancas y luengas barbas, estaba de portero é iba clasificando por grupos las almas que en confuso tropel aguardaban el divino fallo.

Éstas, inocentes y candorosas, pasaban al limbo; aquéllas de dudoso proceder, al purgatorio; esotras á la gloria, pues fueron tantas y cuantas sus virtudes, y las de más allá á los infiernos porque sus perversas acciones así lo reclamaban para ejemplo y escarnio.

Los fallos eran inapelables porque eran justicieros.

Almas y más almas, de todas las clases sociales, emperadores, reyes, nobles, cortesanos, villanos, plebeyos, pordioseros, miserables, militares, prelados, toreros, poetas, literatos... todas ellas iguales, idénticas, confundidas, esperaban en el amplísimo y celestial salón ó mejor dicho vestíbulo de la gloria; no había punto de reposo.

Pallida mors æquo pulsat pede  
Pauperum tabernas, regumque turres.

\* \* \*

San Pedro, el divino viejo, se dormía muellemente arrellanado en su celestial sillón, cansado, rendido por el incesante trajín de

aquel día, y aprovechaba un pequeño descanso á las altas horas de la madrugada, cuando la recepción de almas parecía haber terminado...

—¿Da su Divina Majestad su permiso?

—¿Quién llama?—repuso algo molesto San Pedro, pensando quizás en que el inoportuno huésped que llegaba le había despanzurrado el sueño.

—Mamerto Pingajillo, para servir á Dios y al excelso portero—exclamó el que llamaba.

—¡Pasal!

—¿Están vuestras excelsitudes buenas? Yo acabo de morir, á Dios gracias.

—Sí, ya lo sé.

—Y vengo á...

—También lo sé, á que te juzguemos.

—Yo he sido muy bueno...

—No te canses; tú eres el dueño del «Mada-polán Voluptuoso». Fuiste virtuoso, caritativo, aficionado á la caza, pero no te remuerde la conciencia: jamás hiciste una víctima, ni penetraste en terreno vedado. En una palabra, eres un ser digno de la más grande recompensa celestial. Se te hará justicia. Espera...

Iba el Santo Pedro á salir de aquel lugar, cuando inopinadamente penetró en la portería Juanillo «el Zorro», con la pretensión de ser juzgado.

—Bien podías haber pedido permiso—exclamó San Pedro:—eres como tú no deben penetrar en estas mansiones, eres peligroso.

—¡Perdón señor!

—Sí, sí, ven ahora con perdones. Bien pudieras haberte arrepentido antes. ¿Conque cazador furtivo? ¿Conque muerto de un balazo? ¿Conque la propiedad es un robo? ¡Ya verás lo que te espera! ¡Descúbrete, animal, que estás en los cielos!

Juanillo se quitó la gorra y se puso á temblar.

D. Mamerto le miraba compasivamente y al propio tiempo se erguía con orgullo: estaba seguro de la justicia de Dios.

San Pedro salió breves momentos y al volver á la portería condujo á los dos cazadores á una habitación donde se veía una enorme vasija llena de miel, tan olorosa y tan succulenta que incitaba á la gula. Frente á esta vasija estaba colocada una profunda cloaca cuyo olor fétido y nauseabundo hizo tapar las narices al mismísimo San Pedro.

Éste les dijo:

—Ahí tenéis los recipientes donde permaneceréis unos cuantos minutos, después de despojaros de vuestras ropas: á ellos os con-



ducen vuestros merecimientos. Después Dios dirá.

D. Mamerto miraba con ojos llenos de júbilo la vasija de la miel, pero se quedó estupefacto cuando dijo San Pedro:

—Tú, Pingajillo, á la cloaca, y tú, «Zorro», á la vasija de la miel.

—Señor—exclamó tembloroso D. Mamerto,—¿No será una equivocación?

—Á la cloaca, Pingajillo, ó te mando zampar en ella.

—Zampar no, divino portero. ¿Y es éste el premio por mis virtudes?—se preguntó el buen cazador al introducirse en la cloaca.

Juanillo se metió de un salto en la vasija de la miel, y cuando se disponía á gustar del contenido, gritó San Pedro:

—¡Dejad fuera desde los hombros para arriba; no oséis probar ni un solo átomo, porque el castigo que recibiréis será tremendo, cruel, insufrible y para toda una eternidad!

—¡Por Dios, señor, que me asfixio!—balbució D. Mamerto.—He sido bueno, muy bueno. ¡Justicia, señor, justicia!...¿No os habréis equivocado?

—Espera, imbécil!—repuso San Pedro,—que aún no has cumplido el fallo... ¡Salid de vuestros respectivos encierros!

Los dos cazadores obedecieron inmediatamente. Juanillo parecía un caramelo, rica y pastosa miel se desprendía de su curtido cuerpo; en cambio D. Mamerto semejava un calamar bañado en su propia tinta. Pero ¡qué tinta! Un olor penetrante y fétido le envolvía, le ahogaba, y levantando en alto los brazos pedía clemencia.

Á punto estaba de desvanecerse cuando con voz imperativa repuso San Pedro:

—¡Ahora cúmplase la sentencia!... ¡Lameos el uno al otro!

MIGUEL MORALES



Nada menos que doce arrestos ha sufrido un dignísimo y honrado sargento de la Guardia Civil por hacer cumplir la ley de Caza.

Lástima grande que tengamos que ocultar su nombre para evitarle nuevos castigos, que son el más grande blasón de su vida militar.

Su triste odisea comenzó en 1903, que obligó á quitar las tablillas de «vedado de caza» á un linajudo señor que las ostentaba en una finca de su propiedad, que no era tal vedado y que se dedicaba á la caza de la perdiz, á la saca de conejos que conducía hasta en tiempo de veda con guías que le proporcionaba el alcalde de un pueblo inmediato cuya autoridad rural era su administrador.

Los arrestos sucesivos los sufrió por denuncias que hizo á personas influyentes y á caciques rurales.

En tiempos de las bárbaras naciones  
colgaban de las cruces los ladrones;  
pero hoy, en el siglo de las luces,  
del pecho del ladrón cuelgan las cruces.

\* \* \*

En 21 de Marzo de 1911, Pedro Hermán y Valentín Turrero se dejaron coger con seis lazos y sin licencia, en un cercado sito en un monte del Estado, por una pareja de la Guardia Civil del puesto de San Rafael (Segovia).

En 27 de Noviembre de 1912, el Juzgado de instrucción de Segovia solicitó noticias y antecedentes de esa denuncia.

El secretario del Juzgado municipal ha fallecido, otro ocupó su puesto y aquella denuncia... *requiescat in pace*.

Así da gusto: ¿para qué preocuparse de la reforma de la vigente ley, si la que se pone en práctica en algunos juzgados municipales es la del *embudo*, y para los denunciados no hay más bula que la de *Meco*?



## CINEGÉTICO

Copiamos de nuestro querido colega de Bilbao *Los Deportes* estos dos artículos por estimarlos de gran interés:

### I

#### EL DERECHO DE CAZAR

Fué necesidad sentida que se oyera la opinión genuina de los cazadores vizcaínos, cuando se trató de hacer creer á los del resto de la Nación que su mayoría era partidaria de los cotos, tal cual hoy existen, como único recurso para fomento de la caza, y surgió la idea entre algunos aficionados de evidenciar con hechos y no con efímeras palabras el verdadero parecer, y á este fin, no obstante la premura del tiempo y la escasez de elementos, llegaron á sumar cerca de cuatrocientas firmas de individuos poseedores de licencia de caza que estaban acordes con el criterio sustentado por la primera Asamblea Nacional de Cazadores, y que era contrario á lo legislado referente á esta materia.

En el día, no solamente se persiste en sostener tan equivocado concepto, sino que existe un abuso manifiesto y que es necesario atacar con ahínco, porque de lo contrario, se nos negará hasta nuestro indubitado derecho de dedicarnos al saludable y favorito *sport* cinegético, prevalidos, sin duda, de la forma osada y no ajustada á ley que emplean para constituir la inmensa mayoría de los pomposamente llamados «cotos», cuyos supuestos é improvisados propietarios pretenden, con poner unas docenas de tablillas donde se lee *vedado de caza*, impedir el que nadie más que ellos cace.

Este proceder arbitrario se viene consintiendo hasta la fecha, debido á la pasividad y falta de organización de la mayoría de los cazadores, quienes aisladamente no se animaban á entablar las oportunas y legales reclamaciones por carecer de medios suficientes para exigir la reivindicación de un perfecto derecho.

En tales *vedados de caza* los usufructuarios no contribuyen cual debieran á la Hacienda nacional, matan el mayor número posible de piezas, importándoles un comino la reproducción que tanto alardean; se permiten, en

ocasiones, considerarse con aptitudes superiores á los demás aficionados, y hasta exigen á veces á modestos cazadores indemnizaciones caprichosas de perjuicios no causados.

Si hemos de conseguir que desaparezca rápidamente esta difícil y anómala situación renaciendo el imperio de la ley, no nos queda otra solución que perseverar con creciente entusiasmo en la feliz idea de la asociación, cuyos abundantes frutos se patentizan en los tiempos presentes con resultados beneficiosos en los diversos problemas sociales que hemos visto en litigio, y que no podrá menos de suceder así en nuestras justísimas aspiraciones si sacudimos la apatía que es característica en los cuerpos débiles, pero que no puede existir en los de los aficionados á este nuestro vigoroso deporte.

Entendiéndolo de este modo, se ha formado ya en nuestra villa una Sociedad cuyos individuos, amantes á cual más de la caza, velarán y tratarán por todos los medios legales y limitados recursos á su alcance de la propagación de la misma, siempre con miras amplias y desinteresadas y no tan mezquinas como las de los que sustentan que no deben ejercitarlas más que los mimados de la fortuna, como si no tuviésemos un indiscutible derecho á tan higiénico ejercicio y no fuese por ley natural patrimonio de todos. — *Snipe*.

### II

#### LOS COTOS

Grande ha sido la polvareda levantada en los últimos meses por los cazadores españoles á causa de los acuerdos tomados en el Primer Congreso Nacional de Cazadores, muy particularmente en lo que se relaciona con los cotos. Cada cual ha emitido su juicio sobre el particular, resultando de tal plebiscito que una insignificante minoría se ha pronunciado en su favor.

Los pocos partidarios de los cotos por acumulación de parcelas de terrenos de distintos propietarios no han podido aducir en pro de su sentir, ó más bien de su provecho, razón alguna que pudiera llegar á convencer á los aficionados, no ya de la necesidad, ni aun de la conveniencia de tal procedimiento para el fomento verdad de la caza, puesto que lo que pretenden es un exclusivismo odioso, practicando la doctrina egoísta de lo mío para mí y lo de otros para todos.



Si en realidad quieren que la caza se propague en bien de la colectividad sportiva, hay otros procedimientos más en armonía con los intereses de todos y más ventajosos que el de los cotos.

Con que todos los interesados, ayudados eficazmente por las autoridades, trabajasen por el más exacto cumplimiento de las disposiciones legales se tenía la mitad del camino andado.

Y en cuanto á su cándida teoría de que con los cotos resulta muy protegida la caza, hemos de apuntar una idea que se nos sugiere, y que realizándola nos parece se hallaría aquélla mucho más defendida que con lo que ellos pretenden, y es la siguiente:

Establecer criaderos en terrenos adecuados de 2.000 á 3.000 metros cuadrados, de la propiedad del Estado ó arrendados previamente por el Gobierno ó por las Sociedades de caza constituidas ó que se constituyan, siendo vigilados por guardas jurados para evitar que nadie entre en ellos, y en donde en todo tiempo hallaría refugio la caza perseguida por el cazador, sea cual fuere, y cuyos guardas podrían, en época de veda, serlo á la vez de una extensión conveniente de terreno.

De este modo, los frutos de la caza estarían á merced de todos los cazadores legales, ésta resultaría protegida más eficazmente, y los labradores no se perjudicarían tanto como acotando irreflexivamente sus terrenos.

¿Vale? Amplíe, reforme, aquilate, presente nuevas soluciones quienquiera, que con entusiasmo y sinceridad será posible llegar á un acuerdo siempre que coincidamos en que hay que tratar de que se multipliquen las especies para poderlas disfrutar todos con igualdad de derechos, sin establecer monopolios que nunca deben crearse ni admitirse.—M. C.

Bilbao Diciembre 1913.



## TIRO NACIONAL

### Distribución de premios.

Bajo la presidencia del Duque de Tovar se celebró, en el salón de actos del Centro del Ejército y Armada, la distribución de pre-

mios y diplomas á los vencedores en los concursos de Tiro nacional verificados en Madrid los días 12 al 9 de Octubre y Noviembre últimos.

Los premiados en el Campeonato de tiro de fusil son los señores siguientes:

Primero. D. José Benito: premio, 200 pesetas, copa de plata de S. A. la Infanta D.<sup>a</sup> Isabel y medalla de oro.

Segundo. D. Isidoro Moreno, 125 pesetas y medalla de plata.

Tercero. D. Luis Calvet, 100 pesetas y medalla de plata.

Cuarto. D. Germán Ortega, 75 pesetas y medalla de níquel.

Quinto. D. Justo Castillo, 50 pesetas y medalla de níquel.

Sexto. D. Arturo Fernández, 20 pesetas y medalla de níquel.

Sétimo. D. Francisco Martínez, 20 pesetas y medalla de níquel.

Octavo. D. Martín Carrasco, 20 pesetas y medalla de níquel.

Noveno. D. Antonio Vázquez, 20 pesetas y medalla de níquel.

Décimo. D. Antonio Bonilla, 20 pesetas y medalla de níquel.

En el concurso de señoras y señoritas han obtenido premios:

Señorita Esperanza Gómez, objeto de arte del Banco Hipotecario; señorita Asunción Gómez, objeto de arte del Duque de Alba, y D.<sup>a</sup> Dolores Mendizábal, objeto de arte del Ministerio de Instrucción pública.

Se repartieron además lazos, medallas y diplomas entre los vencedores en los distintos concursos de tres grados: de fusil, arma libre y pistola automática.

El acto estuvo muy concurrido.

### Elección de cargos.

Cumpliendo el reglamento, el día 15 se celebró Asamblea de señores socios, en la Secretaría, San Bernardo, 77, principal, al efecto de votar los cargos de la Junta directiva provincial que ha de funcionar en 1914, y de cuyo escrutinio resultaron elegidos los socios que á continuación se expresa:

Presidente, Excmo. Sr. Duque de Tovar, Senador.

Vicepresidentes: Excmos. Sres. Duque de la Torre, Senador vitalicio, y D. Fernando Jardón y Perissé, diplomático.

Vocales: Excmos. Sres. Marqués de Amboa-



ge, propietario, y Marqués de Villaviciosa de Asturias, abogado; D. Juan Valdés y Rubio; Coronel de Caballería; D. Enrique Ruiz Fornells, Comandante de Infantería; D. Román Camp López, Capitán de Caballería; D. Rosendo Villaverde, ídem íd.; D. José Gómez y Pérez, propietario; D. Pablo López, empleado; D. José María Jardón, propietario; D. Antonio Bonilla San Martín, Capitán de Infantería, y D. Ricardo González Miramón, empleado.

Estos dos últimos señores socios resultaron empatados en la votación.

Contador, Sr. D. Lorenzo Albarrán, pintor de historia.

Tesorero, Sr. D. Juan Muñoz Reja, bolsista.

Secretarios: Sres. D. Ángel Dolla Lahoz, Comandante de Caballería, y D. Antonio Micó España, Capitán de Administración Militar.



## NOTICIAS

*Legislación de caza, pesca y uso de armas*, por el capitán de la Guardia Civil D. Agustín Álvarez Navarro. Tercera edición.

Esta obra, la más útil y completa de cuantas sobre estos asuntos se han publicado, que ha sido ampliada con el reglamento de 7 de Julio de 1911, para la aplicación de la ley de Pesca fluvial y otras varias disposiciones dictadas con posterioridad á la publicación de la segunda edición, y por la que ha sido recompensado su autor con la cruz de primera clase del Mérito Militar, contiene:

La ley de Caza, el reglamento para su ejecución y sentencias del Tribunal Supremo de Justicia, ley de Pesca fluvial y disposiciones sobre uso de armas. Artículos del Código civil y de la ley del Timbre relativos á estos asuntos y modo de recurrir en apelación de las sentencias contrarias á la ley. Precio de la obra 1,50 pesetas.

De venta en la Administración de esta revista.



*Biblioteca práctica para los guardias civiles.*—Van publicados cinco volúmenes de más de 200 páginas cada uno, y del formidable éxito obtenido responden los veintidós millares tirados en un año. Precio, una peseta ejemplar. Útiles para todo ciudadano que ame á las leyes, en especial los volúmenes de consultorio. Pedidos á su autor, Primer Teniente de la Guardia Civil D. Pedro Esteban del Valle, calle de Don Ramón de la Cruz, 25 antiguo, 1.º izquierda, Madrid.



*Ley, Reglamento y disposiciones vigentes sobre Pesca Fluvial.*

Folleto publicado por la *Asociación General de Cazadores y Pescadores de España*. Edición autorizada de Real orden por el Ministerio de Fomento, y que contiene la Ley, el Reglamento y todas las disposiciones vigentes sobre PESCA FLUVIAL, en un volumen de bolsillo que se expende en el domicilio social, Bolsa, 10, segundo, al precio de 50 céntimos de peseta cada ejemplar.

Los suscriptores de CAZA Y PESCA y nuestros asociados que se hallen al corriente del pago de suscripción ó cuota social podrán adquirir dicho folleto con un 50 por 100 de rebaja, ó sea 25 céntimos de peseta.

Rebaja convencional en los pedidos al por mayor.



## IMPORTANTE

Atendiendo á los deseos de muchos de nuestros lectores, pensamos confeccionar tapas para encuadernar por años esta revista. Por dicho motivo rogamos muy encarecidamente á todos los que deseen adquirir dichas tapas lo comuniquen á la Administración de CAZA Y PESCA, con objeto de ordenar la tirada necesaria para poder complacer á todos.

Oportunamente se pondrá en conocimiento de nuestros lectores el precio de dichas tapas.

Imprenta de Jaime Batés, plaza de San Javier, 6.